

Los trabajos incluidos en este libro fueron redactados en el curso de los tres primeros años del gobierno popular en Chile. Preparados originalmente para contribuir a la discusión sobre el papel de la comunicación masiva en la lucha ideológica, apuntan a presentar ordenadamente un conjunto de ideas concebidas al calor del proceso en discusiones de equipo y con trabajadores de los propios medios de comunicación. Quedan como testimonio y peldaños en un camino donde la maduración de la lucha de clases, la radicalización progresiva del enfrentamiento entre proletariado y burguesía imperialista, así como el afloramiento de las contradicciones en las mismas fuerzas de izquierda, constituyen los factores fundamentales que ahondaron nuestro nivel de conciencia acerca de las dimensiones del problema de la comunicación y de la lucha ideológica.

De Armand Mattelart, Siglo XXI ha publicado también *Agresión desde el espacio: cultura y napalm en la era de los satélites*, *Medios nacionales y sistemas de comunicación* y *Para leer al pato Donald* (en colaboración con Ariel Dorfman).

la comunicación masiva en el proceso de liberación

armand matelart



la comunicación masiva en el proceso de liberación

XXI siglo veintiuno editores
MEXICO
ESPAÑA
ARGENTINA
COLOMBIA

UNIVERSIDAD DE CHILE

 3560 1005827302

301.153
M435
1986
C.1

siglo veintiuno editores

IV. LOS PREJUICIOS DE LA PEQUEÑA BURGUESIA SOBRE LA PARTICIPACIÓN CULTURAL

Un buen punto de referencia para la reflexión puede ser el mismo concepto de *vía chilena*. Nos interesaría aquí estudiar cómo fomenta una serie de prejuicios de clase, acerca de la cultura y de su papel en el momento actual.

¿QUIÉN HA DE TOMAR EL EXAMEN A LAS MASAS?

La práctica revolucionaria no obedece a un horóscopo, no tiene nada que ver con una futurología, que podría prever y establecer las etapas, recetar los pasos, fijar la hora de la participación de las clases subordinadas en la creación cultural. "Si así fuera, si fuera una futurología, permitiría por lo menos ordenar el desorden", suspira y sueña la pequeña-burguesía intelectual y artística, incorporada en el proceso, pero renuente a abandonar su posición privilegiada de intérprete de los momentos, de la historia. Aquí reconocemos el miedo a la faceta desconocida, al aspecto de ruptura cultural, a la nueva génesis que implica la irrupción de las masas en la creación de una nueva vida. Es "el miedo al desorden", el no atreverse a movilizar las masas, para retomar las palabras de Mao. Y en última instancia, es alrededor de este temor que se aglutinan los prejuicios y las actitudes de clase respecto de la participación del proletariado. Estas actitudes tienen cabida en el dominio de la comunicación. "Entreguen a las masas la posibilidad de participar y de emitir su juicio sobre la prensa y ellas exigirán una prensa amarilla." Es una de las objeciones que refleja uno de los

⁸ En su metabolismo de dominación, cada clase trata de robustecer su hegemonía normativa con un conjunto de prejuicios y estereotipos sociales destinados a impedir a las otras clases el acceso a la determinación de la vida social.

primeros malentendidos, y que desvirtúa la idea de la participación desde dos puntos de vista: el amorfismo del concepto de masas, que parece abarcar desde el lumpen hasta la vanguardia del proletariado y a la idea de la inmediatez de esta irrupción. Ahora bien, esta idea de la participación en la creación cultural no es espontaneísta. Debe tener en cuenta la jerarquía de los grados de conciencia y, por otra parte, que la creación de un poder cultural es progresiva y organizada. "El proletariado es economicista", otro malentendido, otra fuente de ambigüedades. El proletariado arrastra décadas de una mentalidad de reivindicación material. Dejemos de lado el hecho de que el economicismo no nace de la nada. Si somos economicistas, como contestó un ejecutivo laboral a un ejecutivo a secas, es porque los partidos tradicionales, nuestras vanguardias, no se han preocupado de abrirnos otro campo de preocupación". Frente a estos prejuicios, que suelen polarizar artificialmente los partidarios de la participación y los que la rechazan, surge una pregunta: ¿Quién ha de tomar el liderazgo al proletariado para ver cuándo estará listo para participar activamente en la cultura? ¿cuándo el proletariado ha de estar listo para la creación cultural y cuándo la pequeña burguesía consentirá en perder su monopolio de la norma cultural?

Las objeciones que exhibe en contra del proletariado evidencian que la pequeña burguesía que conserva su estatuto de representante olvida que la revolución es un proceso doble y que, antes de saltar a la etapa de la cultura sin clase, la cultura humana, es necesario a la vez elevar la conciencia del proletariado y proletarianizar a la pequeña burguesía. En efecto, en un proceso revolucionario, la pequeña burguesía, desde varios puntos de vista, es tan ignorante como el proletariado. La ventaja sólo el conocimiento libresco y la erudición. Tiene el privilegio de conocer las formas consagradas, los rituales de iniciación conformados por la sociedad anterior. Por ejemplo, el escritor opina que un acontecimiento narrado y escrito por anónimos de las

Para la burguesía y para el imperialismo, el proletariado o el colonizado es flojo, sucio o era el pueblo-niño. La pequeña burguesía, para legitimar su instalación en el puesto dejado por el burgués, actualiza y sofisticada dichos estereotipos: el proletariado es ignorante, estético, economicista, etc. Tan sólo se trata de subir un peldaño en una misma escala de valores.

clases trabajadoras resulta sin nervio dramático y justifica así la mediación del literato que parece la condición *sine qua non* para que el cuento proletario acceda a un estatuto de forma consagrada, lista para ser consumida según las normas del gusto. Lo que robustece esta obligación de satisfacer las normas formales, es asimismo el estatuto y la naturaleza intocados del consumidor: el público permanece como público conformado según los gustos pequeñoburgueses. Un interrogante queda, sin embargo, candente: Las formas manipuladas, deseadas y consagradas por el fenómeno cultural burgués, ¿no serían acaso formas objetivas? Esta alternativa, si bien tiene amplio valor de interrogante, sirve demasiadas veces de postulado dogmático. Es la coartada que siguen privilegiando las categorías sociales —verdaderos gremios, llámense periodistas, científicos, artistas, etc., cada uno con un cuerpo racional de ideas apriorísticas que los instala en su alvéola estatutaria privilegiada— que manejan estas normas auspiciadoras de la elaboración, la difusión y el consumo de los productos culturales. El hecho de negarse a interrogar estas formas, como instrumento de clase, alberga una posición de clase que se sitúa en las antípodas de aquella del proletariado. Sigue destacando una concepción del saber y del conocimiento así como de su papel en la sociedad, en abierta contradicción con el concepto prevaleciente en la ideología proletaria. En efecto, si se encara el conocimiento en el sentido marxista del término, es decir, el conocimiento como actividad práctico-crítica, la pequeña burguesía está, en el momento actual, tanto o más desprovista que el proletariado. Se puede entender entonces que, a la luz de la posición de clase de la pequeña burguesía, ser revolucionario es ser masoquista, en la medida en que no entiende por qué puede ser desposeída de un instrumento "objetivo" que, en un momento determinado, incluso le ha permitido en la sociedad burguesa ayudar al proletariado a avanzar en el camino de la liberación⁹. La revolución, como suicidio o muerte

⁹ A este conjunto de argumentos se suma aquel que toma como asidero una supuesta naturaleza de la pequeña burguesía intelectual y artística chilena, justificando así un caso chileno específico. Esta argumentación es fácil de rebatir (pero no por ello decaes la importancia en los estereotipos que crea la misma burguesía). La pequeña burguesía dice que no participó nunca de los privilegios de la burguesía. Entonces, ¿para qué pedirle de proletarianizarse, si es pueblo? ¿Y si el arte que ha elaborado lo hizo al margen de la burguesía? Es

de la posición pequeñoburguesa,¹⁰ según los términos de Guevara, implica de hecho este masoquismo, si se lo enfoca bajo el ángulo de un grupo y una mentalidad que quiere conservar el privilegio de la transmisión y de la interpretación de la realidad, privilegio que la revolución le obliga a cuestionar e incluso perder. La revolución es la muerte de la posición de clase pequeñoburguesa, en todos los estratos sociales, es decir, en el seno de todos los actores de la revolución. Eso significa que no se puede partir con la dirección incuestionada de los privilegiados de la cultura, para encaminar un proceso que tiene que liberar la participación y la creación de otros sectores. El primer momento de la revolución debe ser inspirado por el último, la meta que encierra una imagen desprejuiciada de las posibilidades creadoras e inventivas del proletariado debe inspirar el momento inicial.

Es una utopía pensar que una pequeña burguesía iluminista, que no pone en jaque las bases de su poder, pueda alumbrar el camino hacia un proletariado culturalmente luminoso. La interrogación previa y permanente de esta posición de clase es la única garantía objetiva que permite que un proceso de revolución cultural escape a la decisión subjetiva de una clase que podría decidir en un momento determinado que el proletariado se halla capaz, es decir, suficientemente capacitado para asumir el poder cultural. Este momento se hará esperar cada vez más en la medida en que los prejuicios se van fortaleciendo. Esta presencia del proletariado como inspiración y nueva posición objetiva no impide que la pequeña burguesía tenga que jugar un papel im-

ahí que debemos llamar la atención sobre el hecho que la noción de pueblo no es monolítica y encierra posiciones de clase que pueden llegar a ser antagónicas. Hay una confusión entre existencia cuantitativa de una clase, existencia comprobada por estadísticas, y posición de clase, no necesariamente consciente e intencional. Todo privilegio no es material sino que procede esencialmente de la división del trabajo que impone el sistema burgués. Esta confusión desordena una posible discusión, abasteca en coartadas, y justifica las impases y los estancamientos del proceso cultural. Los argumentos a los cuales acabamos de aludir se verifican tanto cuando se trata de legitimar una prensa populista como la continuación de formas literarias anteriores (El diario populista dice: estoy cerca del pueblo, reproduzco su lenguaje, voy a las poblaciones, converso con los sindicatos, y ellos me entienden).

¹⁰ Véase la definición de "posición de clase" en el trabajo anterior.

portante y decisivo en el tránsito hacia un poder cultural popular. Pero esta conducción lleva necesariamente al cuestionamiento y al aniquilamiento de las bases de la legitimación de esta clase como único propietario de este poder.

LA DIALÉCTICA, DE VACACIONES

El proyecto pequeñoburgués es alérgico a la crítica. Sin duda porque la crítica hace explotar las contradicciones de su posición, que es precisamente la de querer monopolizar el poder crítico. Tiene miedo a la crítica porque en ese momento otra clase interviene y pone en tela de juicio esta exclusividad de norma y representación de la cual se ha arrogado.

Una primera actitud que la caracteriza es el llamado *oficialismo*, es decir, la no trascendencia de los límites impuestos por un concepto de orden tal como es dictado por la coyuntura. Se critica del interior sin darse cuenta que hacia este interior convergen contradicciones objetivas que proceden del exterior. La pequeña burguesía limita todo el proceso de crítica y autocritica a una confesión donde es incapaz de salir de su subjetividad de clase. Por ejemplo, se critica a la burocracia en tanto freno a un proceso, sin darse cuenta de que esta burocracia, o el sectarismo, cuando se presenta el caso, es el fruto de un conjunto de impases impuestas por las condiciones en que se desarrolla el proceso. Se invoca la eficacia de una política editorial y se la juzga desde el punto de vista de la eficacia, pero sin interrogar previamente la noción de eficacia. ¿Eficacia en función de qué? Se llega entonces al hecho de que autocriticas en esta materia derivan únicamente hacia un estado de cuenta de actividades cuyos fundamentos no se cuestionan. Se queda al nivel de la contabilidad sin considerar el criterio sobre el cual ha de apoyarse esta contabilidad. Por ejemplo, una revista que alcanza una alta tirada no está sujeta a un cuestionamiento ideológico. Desde luego, nuestra idea no es la de sustituir un criterio por otro, por ejemplo una cuenta de orden comercial por una cuenta de orden político. Quisiéramos solamente subrayar que una cuenta de carácter comercial o administrativo debe ser también de carácter político. Para ilustrar la situación de impase a la cual se enfrenta el proyecto pequeñoburgués, que podemos lla-

mar burocrático, pondremos el ejemplo del cuello de botella que procede de una estructura de participación de los trabajadores de una empresa comunicativa, a la cual no se confirió contenido. Si bien los dispositivos de la participación están en el debido lugar, los mecanismos que permitirían a los trabajadores conseguir el conocimiento suficiente para opinar sobre los productos editoriales, es decir, escapar al riesgo de ser manipulados por los que conocen más, no fueron tomados en consideración. Tratándose de la supresión de un programa o de una revista que no vende o no tiene audiencia, la finalidad ideológica que pueden cumplir estos mensajes, si bien está clara en la óptica del emisor intelectual, no fue explicitada y discutida para el trabajador del taller, encargado de componerla e imprimirla si se trata de una revista. Por lo tanto, el trabajador acusa a esta revista que no vende de la demora que lo afecta personalmente y, semana a semana, en su sueldo; es decir, que una revista, en el estado actual de no participación y de no discusión de sus objetivos ideológicos, crea conciencia sólo al nivel de lo económico; lo que robustece el sentido economicista de los trabajadores técnicos que impugna la pequeña burguesía, y posterga el surgimiento de su poder crítico-práctico. Lo práctico para el trabajador de los medios de comunicación masiva sigue situándose solamente al nivel de lo económico. Ahí comprobamos que la cuenta administrativa y financiera está directamente ligada con la *mise au point* ideológica, en la conciencia del trabajador. En efecto, las dos facetas, que distinguimos, lo administrativo-financiero y lo ideológico-político no pueden estar disociados sino en el espíritu y en la práctica de la pequeña burguesía, que no se ve afectada en su vida cotidiana por el marasmo económico que puede acarrear la tentativa ideológica. Salario medio de un ejecutivo: E⁹ 16.000. Salario medio de un trabajador: E⁹ 3.000.

El proyecto burocrático rehúsa la crítica extremando artificialmente los puntos de conflicto en la transición cultural y trata de presentar una falsa alternativa entre dos polos diametralmente opuestos. Es el caso que se da al tratar de definir lo que es una "política cultural". Los dos polos de este supuesto dilema son: una política concebida como la distribución y la recuperación de la cultura anterior, vale decir, una política de continuidad, o una política de creación de poder cultural proletario equivalente a una ruptura con la cultura burguesa

o un "salto al vacío". Ahora bien, en nuestro sentido, no hay tal disyuntiva. En el camino del acceso de las masas al poder cultural no hay antes ni después. El proyecto futuro debe existir en el presente. Vale decir que ninguna política distributiva de cultura o ninguna política que pone a la disposición del pueblo las obras relevantes, los valores consagrados, la herencia del pasado¹¹ puede existir si no es en función del segundo polo: encauzamiento hacia una recepción

¹¹ Desafortunadamente, la tesis leninista de la necesidad de asimilar la herencia cultural burguesa ha pasado al rango de cómoda para justificar iniciativas que en nuestro sentido están lejos de representar asimilaciones críticas de esta cultura burguesa. La exigencia de la continuidad cultural suele transformarse en una continuidad a secas, es decir, que no lleva los gérmenes de una nueva cultura. A propósito de *Simplemente María*, un ejecutivo de Canal 9 contestaba: "El salto al vacío, la ruptura con la cultura del pasado, la ruptura con la cultura burguesa, con la herencia cultural capitalista, es verdaderamente una utopía." (*Ahora*, n^o 37). Son racionalizaciones de este tipo a partir de una tesis mal digerida, las que suelen frenar la búsqueda necesaria para superar las contradicciones y vacíos patentes en la comunicación masiva del momento actual. De ahí a plantear la neutralidad de la industria cultural del imperialismo o de sus servidotes criollos, median pocos pasos. Y éstos se franquean con tanta más desenvoltura, cuanto que las experiencias históricas de muchos de los países socialistas occidentales atestiguan esta concepción. Por ejemplo, en varias de las democracias populares a falta de haber podido encontrar una literatura infantil masiva que haga contrapeso a la fabricada por el imperialismo se están aceptando, con signo despolitizado y "universal", los *comics* de Disney para responder a la demanda del hombre "desenajenado" que quiere llenar su tiempo libre. No es sin duda accidental el que se asista a estos trasplantes foráneos. El porqué de su necesidad superará de lejos el área restringida de la cultura masiva y nos obliga a interrogarnos sobre el concepto de niño, imaginario infantil, de familia, de sexo, etc., que estas sociedades han logrado instaurar en la vida cotidiana.

Lo grave de estas racionalizaciones es que, en nuestro país, cierran un camino y, mejor dicho, encierran el futuro en la coyuntura del presente, dejando intocado e insospechado el pasado. En Cuba, también, se siguen pasando las famosas series "millonarias" (llamadas así porque han sido exhibidas miles y miles de veces), del melodrama argentino y mejicano. Pero, a diferencia de lo que pregonan algunos de nuestros dogmáticos, el área está problematizada, en ciertas esferas por lo menos, y de esta problematización brota toda una línea de búsqueda de antídotos. La celebración de la tesis de la continuidad, como argumento de autoridad de una política cultural, posterga para tiempos inmemoriales esta interrogación.

crítica y creativa de parte de las clases trabajadoras. El reconocer el carácter paulatino del segundo objetivo no valida abstraerse de él durante un período dado. Sería hacer de la historia y del acceso del proletariado al poder una sucesión inconexa de procesos históricos particulares. Así, una política editorial de masificación de libros no puede contentarse con repartir el saber, el arte, etc., sino que debe preparar el terreno de recepción. Es precisamente en función de esta creación de un poder crítico progresivo en los receptores que deben ser programados los títulos, las temáticas. La recuperación de una cultura o el almacenamiento de la ropa de segunda mano que nos ofrece la cultura anterior no puede ser un proceso anárquico, entregado al liberalismo culturalista de un grupo de seleccionadores. Está íntimamente vinculado a las necesidades de la lucha de clases vertida en el dominio cultural.

Con este primer dilema —continuidad o ruptura— la pequeña burguesía burocrática tomándose como norma del proceso, deforma y descalifica la actitud, acuñándola como *ultra*, que busca encaminar y ligar los dos polos hacia una meta única: la creación de un poder cultural popular y el término de la cultura manipulativa de entrega vertical de las fuentes de conciencia.

Una segunda camisa de fuerza o una segunda polarización artificial es la que escinde drásticamente la teoría y la práctica. Es la pequeña burguesía quien más interés tiene en extremar este conflicto y quien más se niega a instaurar la noción de conocimiento práctico en los intelectuales y en las masas. Al calificarlos de teóricos aísla a los intelectuales que buscan reformular la participación de las masas y asumir los intereses del proletariado. Este aislamiento legitima sus prejuicios acerca del proletariado y de sus posibilidades de participar de un modo consciente y organizado; legitima asimismo, como única forma de acción, el pragmatismo y, por ende, su capitalización del proceso. La única vanguardia y hegemonía ideológica que es susceptible de establecer es, en definitiva, una vanguardia burocrática, mejor dicho la negación misma de la vanguardia.

EN BUSCA DE UNA IDIOSINCRASIA PLACIADA

Cuando la pequeña burguesía que defiende sus intereses de clase se aleja de la posición burocrática, la otra tendencia que suele experi-

mentar es la del idealismo. (Por cierto, se trata de un proyecto mucho menos importante que el primero. Sin ninguna viabilidad política real, excepto la de servir de bohemía a la burocracia en un momento limitado, de hecho no trasciende los límites de los cenáculos, incluso si la posibilidad que tienen sus integrantes de acceder a una cátedra pública infla su importancia.) Quiere apoderarse del monopolio total de la crítica y de la condición de garante de una participación pseudo-activa, basándose sobre una concepción de la organización de la cultura que pacta con el sistema burgués. Se defiende de la cultura socializada, apoyándose sobre la mitología antitotalitarista que postula la libertad de creación de los hasta ahora creadores, en desmedro de aquella de las masas. Su libertad de acción remata en la libertad de reformular las pautas del consumo espiritual de las masas, cuyo acceso al poder cultural se relega a los siglos futuros. Tan pronto se insinúa la necesidad de tomar en cuenta el estado de la lucha de clases, estos "generales sin tropas" (MAO) —fuera de los mercenarios que se congregaron para condenar en forma iconoclasta el "estalinismo" cultural del proceso revolucionario cubano— claman contra la censura y la sustituyen por su perspectiva liberal, "la más alta libertad intelectual y estética". Incapaz de trascender su posición de clase, esta fracción de la pequeña burguesía intelectual y artística, cree que contar con el apoyo de las "capas medias" para hacer la revolución es sinónimo de casarse con una posición de clase contrarrevolucionaria. Se nutre de una falsa interpretación de la *vía chilena*, que encierra la posibilidad de captar y de conquistar la pequeña burguesía a la causa revolucionaria. Esta falsa interpretación convierte la táctica de captación de la pequeña burguesía en una estrategia y hace de la revolución un proyecto pequeñoburgués. A este grupo se dirigen las palabras de Marx en el 18 Brumario de Luis Bonaparte. "No hay que compartir la idea estrecha de que la pequeña burguesía tiene por principio querer hacer triunfar un interés egoísta de clase. Por el contrario, ella cree que las condiciones particulares de su liberación son las condiciones generales, al margen de las cuales la sociedad moderna no puede ser salvada ni la lucha de clases evitada. No hay que imaginarse tampoco a todos los representantes demócratas como *shopkeepers* (tenderos) o como entusiastas de éstos. Pueden, por su cultura y su situación personal, estar separados de ellos por un abismo. Lo que los convierte en repre-

sentantes de la pequeña burguesía es que su cerebro no puede sobrepasar los límites que el pequeño burgués mismo no sobrepasa en su vida y, en consecuencia, se ven teóricamente empujados a los mismos problemas y a las mismas soluciones a los cuales su interés material y su situación social empujan a prácticamente todos los burgueses. Esta es, de una manera general, la relación que existe entre los representantes políticos y literarios de una clase y la clase que representa.

Sus prejuicios sobre el proletariado — expresados de manera más sofisticada — giran en la misma órbita que los de los burócratas. En vez de reconciliar los dos polos del divorcio burgués entre política y cultura, celebran a esta última retirándola de la historia y menosprecian la primera. El acceso del pueblo al poder se vuelve espectáculo y representación escénica, de la cual gozan intelectualmente sin poder soportarla en la práctica. El proletariado, sí. Pero a condición de que la obra de surgimiento cultural que debe protagonizar no infrinja el código estético vigente. Los tabiques que levantan para protegerse feudo en contra de intromisiones ajenas a la práctica literaria son tan altos que no soportan un lenguaje diferente a esta práctica, para tratar el problema de la cultura en el momento actual. Anhelan erigir su manera de escribir el mundo en regla de comportamiento general y de comunicación entre los hombres. Esta actitud, que destaca un lenguaje surgido de una práctica singular en desmedro de otro procedente de otra disciplina, llámese sociológica, semiológica, científica o algo por el estilo, revela una vez más el grado de su intolerancia y su afán utópico de colonizar las formas que deben revestir las relaciones sociales. De nuevo detienen la revolución y celebran como signo positivo ya definitivamente adquirido, su signo de clase, un signo nacido en una sociedad donde las masas aún no tenían el habla. Falta señalar la índole demagógica de esta argumentación: desde luego, aparentemente, un lenguaje literario puede hacerse pasar por un lenguaje menos mitificador que otro. Siempre contará con la feliz aprobación de los estereotipos sociales que ha generado la propia burguesía para defenderse de los ataques procedentes de los científicos que no aceptan la definición que esta clase ha dado de la ciencia. Lo prueba la escasa diferencia que media entre las acusaciones de lenguaje enrevesado que la derecha lanzó en contra de ciertas investigaciones sobre la prensa liberal pese a su innegable repercusión política (o a lo me-

por a causa de ella) y los alegatos que encontramos en boca de la pequeña burguesía literaria que, por una vez, muestra la hilacha de un populismo que, a su juicio, es monopolio de la prensa amarilla. Por suerte el problema del lenguaje es mucho más complejo que el que formulan los clisés de ciertos trabajadores de la pluma. Ninguno de los lenguajes emanados de prácticas específicas será el lenguaje del futuro, ya que, tanto el literario como el "científico", reflejan la separación de las prácticas humanas y la fragmentación de los modos de conocer la realidad, impuestas por la sociedad burguesa. El propio Marx debió vivir y sigue padeciendo esta contradicción. Basta recordar lo que decía Lunatcharski sobre *El Capital*, que a pesar de ser el libro proletario por excelencia escapa al entendimiento de los peones y campesinos. O lo que señalaba Lenin al exigir que las diversas secciones de un diario obrero segreguen a sus lectores de acuerdo con su nivel de conciencia. Parámetro que entra en conflicto con el perfil "universalizado" de los mensajes de la cultura masiva de la burguesía ¹².

Ahí está precisamente el sentido exacto que debería guiar la superación de estas contradicciones y orientar la búsqueda de un lenguaje que haga fluir todas prácticas humanas hacia un crisol socialista. Esta reformulación no se consigue recurriendo a un diccionario. Surge de un proceso de socialización de todos los modos de expresión a lo largo de la revolución. Cabe recalcar, por fin, que el concepto de lenguaje que maneja esta parte del gremio literario, en sus invectivas es, además, limitado a ultranza. Parafraseando a Marx, el lenguaje no determina la conciencia, sino que la conciencia en última instancia determina el lenguaje. Los disgustos y malentendidos que pretendidamente surgen a raíz de la utilización de un lenguaje elitista no deben achacarse a palabras, sino a una racionalidad muy distinta. No hay peor sordo que el que no quiere oír. El argumento de la palabra no puede servir de máscara para opacar diferencias más hondas. Incluso si utilizáramos el mismo acervo taxonómico, la misma sintaxis, la conversación resultaría tan absurda y desquiciadora, como un intercambio lingüístico entre mongoles e italianos. La concepción subya-

¹² Véanse las citas de Lunatcharski y Lenin en la sección "La cultura militante" del primer trabajo.

cente que tienen del lenguaje es, por lo demás, muy coherente. Así en otro registro, este afán de escarbar el vocabulario de la prensa populista, sin llegar a destrozar el esquema ideológico que inspira este vocabulario, es una ilustración más del concepto de lenguaje a que recurre esta parte de la pequeña burguesía literaria. El desenmascaramiento de este esquema ideológico le reverberaría su propia imagen de clase: su análisis sería un espejo. Se conforman con realizar una crítica psicologista, que no sale del sistema y que la prensa de derecha tomando un punto de vista aparentemente distinto, también es capaz de hacer desde su moralismo o sus criterios de hombres de buen gusto.

No se puede negar que la existencia del proyecto cultural de esta fracción de la pequeña burguesía literaria representa un índice del desgarramiento interior por el cual debe pasar toda la pequeña burguesía en un proceso revolucionario. Quizá sean ellos los que mejor han presentido lo que significa en la realidad la irrupción real de las masas en el poder y, por ello mismo, le tienen pánico y lo resisten con ferocidad. A ningún propietario del saber le agrada verse arrebatada su condición privilegiada en una asamblea de trabajadores, de ser criticado por ellos, de ser cuestionado de manera permanente en su práctica y de asistir a una determinación de los gustos sociales por parte de una clase que, no necesariamente, pasará por los mismos parámetros, una clase que más que probablemente hará también tantas su experiencia de creación de nuevas formas de vida, como lo hizo la burguesía en su ascenso al poder.

PROLETARIZACIÓN, ¿UNA REGRESIÓN CULTURAL?

Al ser aprehendida la proletarización como una regresión histórica, se evidencia la influencia poderosa que sigue teniendo el fantasma de la desviación del realismo socialista. Utilizando este mito de la regresión, parte de la pequeña burguesía intelectual y artística rechaza su proletarización y asimila el proceso a una alternativa maniqueísta, cuyo único polo privilegiado es la sumisión del proletariado a sus normas sobre la cultura. En estas condiciones, el suicidio de clase que propone a mediano o largo plazo la revolución para alcanzar el reino de la libertad es evidentemente interpretado como un reflejo ma-

Precisamente, en la conservación de estas normas admitidas como universales, radica la fuente de un conjunto de prejuicios sobre la naturaleza de la superestructura y los acicates para su cambio. Es la que plantea la autonomía de numerosas áreas de la actividad cultural en un proceso revolucionario.

La tesis según la cual la creación cultural beneficia de una cierta autonomía en relación con un proceso revolucionario concreto, tesis que legitima en cierta forma un territorio reservado a los artistas fuera de la esfera de preocupaciones concretas o, por lo menos, no tan determinado por los intereses mediatos o inmediatos de la Revolución como las otras actividades, se apoya sobre una actitud renuente a asimilar el arte a un eventual instrumento de activación y propensa, en aras de la libertad de creación, a sostener que el arte tiene sus propias leyes y su propia finalidad en el arte. Toda tentativa de ubicar críticamente las diversas formas expresivas legadas por la cultura anterior, en el proceso revolucionario, se la caracteriza por ser utilitarista. "Debemos tener mucha consideración para nuestros especialistas, son muy valiosos para nuestra causa. No obstante, debemos decirles que un escritor o un artista revolucionario sólo puede dar un sentido a su trabajo si está ligado a las masas, si refleja su vida, si es su portavoz fiel. Es solamente si es el representante de las masas que puede educarlas; es solamente haciéndose su alumno que puede convertirse en su maestro. ¿Acaso nuestra actitud no sería utilitarista? Los materialistas no están en contra del utilitarismo en general, están en contra del utilitarismo de las clases feudales, burguesas y pequeño-burguesas, en contra de esos hipócritas que se dicen enemigos del utilitarismo, pero que practican en realidad el utilitarismo más miope. En este mundo no hay utilitarismo que esté fuera de las clases; en la sociedad de clases, lo que no es el utilitarismo de una clase lo es de la otra. Somos utilitaristas revolucionarios, proletarios, partimos de la unidad de intereses presentes y futuros de las masas más amplias, que constituyen más del 90 % de nuestra población: somos, entonces, utilitaristas revolucionarios, que nos asignamos los objetivos más anchos y para un futuro más lejano, y no utilitaristas estrechos que no ven sino lo particular y lo inmediato. Si una obra gusta a un público restringido y no es útil y si incluso es nociva para la mayoría del pueblo y si no obstante, en una meta utilitarista personal y en provecho de un círculo

estrecho, se la impone en el mercado, si se la publicita en las masas y que después de esto se las acusa de utilitarismo, no sólo se insulta a las masas, sino se muestra que nos conocemos mal a nosotros mismos. Una cosa es buena sólo si es realmente útil a las masas. Aunque vuestra obra fuese tan hermosa como la nieve de la primavera, si es apreciada en este momento solamente por un número reducido de personas, si las masas siguen cantando el canto de los rotos, y que, sin tratar de elevar su nivel, ustedes se contentan con vituperarlas, todas vuestras recriminaciones son vanas. En la hora actual nuestra tarea es asociar la nieve de la primavera al canto de los rotos, de unir la elevación del nivel a la popularización de la literatura y del arte. Si no, el arte más sublime se torna al fin de cuentas en un mero utilitarismo de la especie más estrecha... La literatura y el arte están subordinados a la política, pero, a su vez, ejercen una gran influencia sobre ella. La literatura y el arte revolucionarios forman parte de la causa de la revolución; de la cual constituyen una ruedecilla y un tornillo" (Mao Tse-tung. *Interventions aux causeries sur la littérature et l'art à Yénan*).

Si no se quiere independizar las formas culturales e instalarlas en la permanencia, en una permanencia que las hacen jueces de la historia, la primera instancia de la creación artística y de la entrega masiva de los productos culturales, la define la apreciación del nivel de conciencia de las masas. Y eso atañe a todas las formas ideológicas, no sólo al arte, sino a la ciencia, por ejemplo, y con ello el papel de la universidad y de la investigación en los centros especializados. El arte, para retomar este caso, no es una reserva amorfa que se puede así entregar a tontas y a locas. El arte y los productos culturales reflejan un estado de las fuerzas sociales y se caracterizan en toda época por rasgos progresistas y reaccionarios. Si bien ya se dieron en forma embrionaria obras objetivas, testimonios de una cultura humana incipiente, es decir, sin raíces ni connotación de clase, no obstante hay que reconocer que en estas obras llamadas universales y divulgadas como tales, bien poco de universal hay, cuando deben insertarse en un contexto concreto de lucha de clases, cuando se juzgan según el grado en que "expresan las fuerzas progresistas de la historia y les facilitan su victoria". La asimilación de la herencia cultural debe ser selectiva en un proceso de transición hacia el socialismo y es este

requisito el que permite medir cuanto hay de universal realmente en el patrimonio cultural de la humanidad genérica. En este dominio, precisamente, el liberalismo burgués que legitima la autonomía de la esfera artística y científica, autonomía ésta funcional a su reino, provoca y celebra la anarquía, que es la contestación fiel a sus lemas del *laissez faire, laissez passer*, que en la realidad no desborda la libertad de emitir y hacer circular las obras de una élite. Como ya lo dijimos, los temas que deben circular, el nivel de penetración y revelación de la realidad total deben desprenderse de una evaluación y escalonarse en un proceso de elevación de los estados de conciencia. Todas estas consideraciones cobran valor sólo si se acepta previamente que la política cultural no es una versión socializada de la política de los *pocket books* de la burguesía postindustrial, y tiende a arraigar la herencia cultural en las masas y hacer de ella un instrumento de participación en la lucha creativa de una nueva sociedad y cultura. Desde luego, para los artistas y los intelectuales, la referencia de las normas que circulan al nivel "internacional", en la salas de exposición de París, de Nueva York, en los congresos científicos, en el mercado editorial mundial, es mucho más luminosa y atrayente, otorga más prestigio y bienestar de clase, más "universalismo" que el empezar a cuestionar sistemáticamente su propia práctica de acuerdo con un proceso revolucionario. En la reformulación de las formas ideológicas, está evidentemente presente como lastre el fenómeno de la dependencia que, previo a la revolución, no muere con ella. La intelectualidad dependiente continúa entrando en la revolución con conceptos marcados por la dependencia cultural, hecho favorecido y facilitado por el marco de democracia formal en el cual se gesta el proceso chileno, donde el liberalismo en materia universitaria aún no se ve afectado por un cuestionamiento radical. No se suele tomar bastante en cuenta el hecho de que la reacción se ha refugiado en las aulas universitarias o en otros dominios de emisión cultural. Ahora bien, incluso cuando están en manos de fuerzas de izquierda, estos dominios superestructurales conservan una alta cuota de autonomía frente al proceso y permanecen marcados por una serie de rasgos dependientes. Es como si existiera un tope, a partir del cual no se pueden cuestionar las bases de lo que se reconoce como el conocimiento objetivo y consagrado como tal. Frente al polo cultural hegemónico, se subvalora lo

que un proceso revolucionario, incluso situado al fin del mundo, puede aportar a la ciencia, al arte y a la cultura. No se tiene conciencia del privilegio que constituye la posibilidad de nuevas prácticas sociales, anheladas incluso desde hace tanto tiempo por los intelectuales y artistas de las sociedades llegadas a niveles de cultura formal muy superiores, según la escala de las normas burguesas, a los que se conocen aquí. Así, en el campo de la comunicación masiva, un modelo de Greimas —que aplicado en forma catequística se convierte en una "grimace" (mueca)— o de Lévi-Strauss, untado por el prestigio del polo metropolitano, ciencia apartada de toda práctica revolucionaria, es preferido en desmedro de embriones artesanales que se forman a partir de una nueva concepción dinámica del saber y de la ciencia como actividad práctico-crítica. Es decir, una actividad susceptible de descubrir nuevos modelos de acercamiento a la realidad cultural desde las respuestas que están dando a los mitos de la clase dominante las clases trabajadoras en su práctica diaria. En todas estas situaciones, nos volvemos a encontrar con un complejo esencial de la cultura y de la realidad dependiente, que se podría denominar el complejo del salvaje o el miedo a manifestar una inferioridad cultural aborigen. Este complejo se confunde con la actitud de la pequeña burguesía intelectual y artística que insiste en no cuestionar lo que constituye el núcleo de su privilegio de emisor de la cultura, a la escucha del polo emisor extranjero. No se puede justificar esta aceptación y esta recepción monolítica, acrítica o sólo protegida por las normas de la crítica liberal. Pero, por el contrario, se podría justificar otro tipo de recepción, tributaria de una selección, aparentada con la asimilación crítica de la cultura anterior. Si este tope artificial no se franquea, la dinámica de la superestructura socialista, muerta en el huevo, será siempre dada por referencias que el proceso revolucionario no puede controlar. Han sido necesarios diez años para que Cuba se interrogue sobre las nuevas formas del neocolonialismo cultural, sobre modelos artísticos, científicos, procedentes de otros polos hegemónicos culturales. El Congreso de la Cultura y de la Educación internalizó muy bien esta imperiosa necesidad de redefinir la ciencia y la cultura, a partir de la práctica de las masas y de un nuevo concepto de hombre que maneja el saber, de profundizar la línea de masas. A propósito de este congreso, se dibujó en Chile una discusión donde se destacó, pese

a un terreno retórico diferente, la semejanza de los proyectos idealista y burocrático de la pequeña burguesía. El proyecto burocrático capitalizó la condena de Fidel Castro a los "hechiceros del saber" para apoyar su rechazo de toda reflexión teórica, asimilando teoría burguesa y teoría revolucionaria, avalando un juicio popular y populista del sistema capitalista, para robustecer descaradamente su pragmatismo. Por otra parte, el proyecto idealista condenó las palabras de Fidel por representar su estigmatización de los hechiceros del saber, un ataque a la misma ciencia, al mismo arte, una afrenta a los valores universales del saber y de la cultura, una práctica oscurantista. Ambas posiciones, aparentemente divergentes, participaban de una actitud de clase similar. En última instancia se enfrentaban las dos facetas de un proyecto único aferrado a la defensa del estatuto de intérprete o representante: "el periodismo representativo" y el "vate conciencia crítica exclusiva y excluyente", garantía de una nueva cultura correcta.

En esta perspectiva, es decir, en la necesidad de tener en cuenta la lucha de clases en un momento determinado, hay que replantear no sólo la entrega de la cultura anterior, sino también la búsqueda de nuevas formas de comunicación. Si no se parte con el prejuicio de que la burguesía detuvo el movimiento histórico fundamentalmente en esta área de las formas ideológicas, es lícito pensar que pueden existir y encontrarse otras formas que las conocidas por el estrato que hasta el momento las manipula, formas que concuerden con una vivencia de tipo socialista o que preparen el terreno hacia el futuro.

APERTURA SOBRE LA TECNOCRACIA

La tesis de la autonomía de la ciencia, del arte o una mala interpretación de los grados de autonomía de la superestructura en relación con la infraestructura material, anticipa de modo directo la introducción de la ideología tecnocrática, basada directamente sobre el concepto de la neutralidad de dominios básicos de la superestructura. Es decir, que se produce la sacralización de la superestructura que ya no es posible modificar, sacralización que congela la redefinición de los ámbitos y de las prácticas según las cuales la burguesía ha dividido su mundo. La tecnocracia podrá popularizar los ritos de iniciación necesarios para penetrar en estos dominios, pero permanecerán ritos

de iniciación al consumo. En este contexto la práctica científica, artística, permanecerá de todos modos una práctica cerrada, reservada a los que son sus sacerdotes. Estos mundos aparentan regenerarse sin abrirse a la participación creativa de otros sectores al nivel masivo. En vez de interrogarse sobre la regresión cultural que según la pequeña burguesía caracterizaría una práctica proletarizada, ¿no convendría más bien, preguntarse si este cierre a otros sectores que no se convierten en gremios defensores de un dominio reservado no engendraría a la larga el desgaste y el agotamiento de la creación? Esta creación, ¿acaso no se definiría como la mera posibilidad de creación y de innovación de una clase, susceptibles de llegar al término de esta posibilidad, agotando sus recursos? En este caso, el lema del liberalismo creador basado sobre la autonomía del arte y de ciertos dominios de la superestructura de hecho no acarrea el suicidio de una clase, pero sí el suicidio de la creación. Es en esta agonía donde radicaría la real actitud masoquista de la pequeña burguesía y no en el hecho de asumir los intereses del proceso revolucionario total. El verdadero creador no es aquel que se contenta con buscar en las mismas consabidas sendas, sino el que, rompiendo las cuatro paredes del universo limitado en que lo confinó la burguesía, encauza el proceso de desarrollo social encontrando en éste nuevas formas o redefiniendo las anteriores. En definitiva, la noción de creación que manipula la pequeña burguesía es alérgica al concepto de proceso: nuevo personaje en la escena, detiene la historia para distribuirla.

Pero para ahondar más en el tema dejemos de internarnos en el dominio de la llamada creación "cultural", donde el afán de un grupo por hallar su papel en el proceso nos conduce de modo demasiado unívoco. Desafortunadamente en Chile las pseudopolémicas públicas respecto del cambio cultural tienden a refugiarse con demasiada frecuencia en la isla del gremio literario. Como lo dijimos, sería altamente inadecuado seguir discurriendo hasta la saciedad sobre una creación cultural entendida en un sentido escueto, que tiende a prevalecer en ciertos medios como única referencia de una política "cultural". Urge ensanchar la interrogación en una tentativa de abarcar la multitud, hasta ahora fragmentada, de las áreas del cambio cultural revolucionario. Importa enseñar hasta qué punto la posición de clase que subyace en la ideología "gremialista" de una fracción de la pequeña

burguesía puede impregnar cada uno de los dominios donde se introduce la revolución y puede obstruir el camino hacia un poder popular. Importa por lo menos insinuar cómo el esquema ideológico que guía la defensa de los intereses de un grupo peculiar de creadores es capaz de presentarse —bajo atuendos por cierto menos atrayentes— en todos los estratos de la pequeña burguesía y proyectarse como norma de otros sectores, llegando a constituir el proyecto total de la tecnocracia. De hecho, como trataremos de indicarlo, en el fondo esta pregunta conduce a escarbar el papel que le compete a la superestructura en un proceso revolucionario; se trata de ver cómo ésta se vincula con la búsqueda de formas adecuadas para lograr la construcción material del socialismo. Así se deja entrever cómo una subvaloración de los factores superestructurales, íntima y concretamente presentes en la tarea de movilización, puede malograr el significado del cambio que se está operando en la infraestructura. He ahí un punto de especial relevancia en la medida en que, entre otras implicancias, entronca con una correcta presentación de la tesis de la incorporación de la pequeña burguesía intelectual y técnica en un proceso revolucionario. Punto que interesa particularmente en la vía chilena y que muchos culturalistas en pos de justificar su vía específica no atienden. Este punto nos remite a la naturaleza de la pequeña burguesía y la de la burguesía que le corresponde ¹³.

¹³ En otra oportunidad demostramos la modernización que experimentó la burguesía chilena al chocar con el proyecto del reformismo desarrollista del régimen anterior, así como la propagación de la ideología profesionalista que le correspondió a nivel de extensas capas de la pequeña burguesía. Es muy diferente heredar de una burguesía entregada totalmente al imperialismo que de una burguesía dependiente que, si bien no ha logrado asegurarse la elaboración de una cultura "erudita", ha llegado por una parte a conformar una cultura cotidiana dominante, a través de sucesivas alianzas al ritmo de penetración de las áreas de la economía nacional y, por otra, a agenciar y cohesionar en torno a su proyecto de sociedad, las llamadas capas medias. (El movimiento obrero mismo no ha permanecido ajeno a este contexto de luchas.) El imperialismo, tan intransigente con la revolución cubana, parece haber entendido esta especificidad y también busca su modo de comportarse en la "vía chilena", ya que prefiere actuar con los esquemas de esta burguesía cotidiana para anular el proyecto revolucionario.

En este contexto, por cualquier lado que se la considere, la inserción de la pequeña burguesía y de las habilidades que la caracterizan, vuelven a plantear el mismo problema que hemos esbozado anteriormente. Tomemos un ejemplo algo esquemático, donde trataremos de ver cómo la creación tecnológica en la revolución hace aflorar el mismo síndrome que la creación "cultural". Para la tecnocracia, el especialista, el propietario de la habilidad técnica, tiene un conjunto de soluciones que puede imponer para resolver tal problema, por ejemplo, de vivienda, de equipamiento comunitario, etc. Nadie es suficientemente loco como para disputarle esta idoneidad y exigir, por la sencilla razón de que hay una revolución en marcha, que cada uno pueda ser su arquitecto. Entonces, ¿en qué área debe surgir la interrogación para que este técnico pueda integrarse a una práctica revolucionaria y no se constituya obligatoriamente en un foco adverso? Entra en el proceso con un conjunto de conocimientos técnicos que no necesariamente son congruentes con las necesidades con que se enfrenta la revolución. Al tratar de masificar la construcción prefabricada de la época anterior, Cuba, por ejemplo, se dio cuenta de su inadecuación para con una producción masiva. La revisión que de ello surgió no era gratuita, no salía de la cabeza de un grupo de iluministas, de unos especialistas en pos de nuevas experiencias. No era motivada por un problema de estética. Esta necesidad de romper con ideas y métodos recibidos surgía del hecho de que éstos representaban un alto costo y obstaculizaban la extensión masiva de estas formas. En la revolución todas las soluciones aportadas a los problemas dejados por la burguesía deben tender a la masividad y la adopción de formas que resolvían el problema de una clase no forzosamente, resuelve el problema de las masas. Es ahí donde uno capta lo que significa concretamente la presencia activa de las masas en la vida social. Sobre esta exigencia de abaratamiento de los costos se inserta la búsqueda de nuevas formas para humanizar el habitat ("el fin buscado no es el producto, sino el hombre") y adecuarlo a los requisitos del proyecto socialista de vida. En esta tarea, el hasta ahora emisor, el que ha tenido hasta ahora el privilegio de la emisión, se interroga sobre la compatibilidad de su arte con una línea de masas: nuevo punto de vista, nuevo tropismo y nueva racionalidad. He ahí el primer criterio para una proletarianización de la práctica de la pequeña burguesía,

intelectual y técnica. De eximirse de esta interrogación, se incurre en el riesgo de que la conservación del técnico y de su técnica y la línea de continuidad que la acompaña, puede significar un costo más alto que su supresión. En este enjuiciamiento se encuentra también el parámetro que ubica las dimensiones de un real cuestionamiento de las formas culturales llamadas dependientes, que abarca desde los modelos de comportamiento en la vida cotidiana, hasta aquellos de aplicación de la tecnología. Esta nueva norma aparta la interrogación sobre los modelos dependientes en la revolución del criterio casi folklórico que preside generalmente los alegatos de la pequeña burguesía literaria en "contra de los intentos de dirigir la cultura nacional con una adscripción ciega a los caminos seguidos en los procesos revolucionarios de otros países". De hecho, esta posición privilegia una línea de lucha en contra de la dependencia, sin referirla a la búsqueda de una línea de masas. Como dice Fanon, la burguesía recurre a lo autóctono para celebrar su "cultura nacional" y la pequeña burguesía recorre el mismo camino.

La presencia de la línea de masas inspira no solamente la búsqueda de costos menores —sin que dicha solución represente una recesión tecnológica, una fórmula, una versión tecnológica humilde de país pobre—, sino que orienta hacia una solución que permite que las masas puedan participar en la construcción masiva de este nuevo tipo de edificios y que la técnica no se convierta en un obstáculo a dicha participación. ¿Cómo llegar a proponer una forma de construir para que las masas dispongan? En un país donde la política de masividad no puede contemplar dos normas distintas según clientelas sociales como en la sociedad capitalista y donde, paralelamente se procuran nuevos modos de asentamiento de la población, el antiguo cuerpo de oficios de la construcción está sustituido y la responsabilidad de la construcción se apoya en los centros de trabajo. Para seguir con el ejemplo cubano, cada centro laboral se encarga de resolver el problema habitacional del colectivo. Así nacieron las microbrigadas constructoras, integradas por obreros seleccionados en asambleas de trabajadores. La microbrigada se convierte así en un centro de movilización a partir de una tarea concreta. Este ejemplo de incorporación de la tecnología a través de las masas ilustra cómo formas culturales son susceptibles de

evolucionar cuando el punto de referencia se elige en la línea de masas. Desde luego, lo que hace irrumpir activamente las masas en todos los dominios de la vida social es la presión y la demanda de una realidad, y no la discusión entre dos fracciones de la pequeña burguesía que exigen nuevas instituciones. En la medida en que las masas llegan realmente a ejercer el poder en la vida cotidiana, ciertos proyectos se esfuman. Si las discusiones sobre la participación y la cultura parecen todavía muy teóricas en nuestro país es, precisamente, porque ciertas condiciones no se han dado para que el proletariado los exija, exija esta participación. En la medida en que la pequeña burguesía sienta la presión de las masas, a través de una realidad, en la cual pueden participar, cambiará; y no en la medida en que se escriban artículos, debatan tesis, etc. Lo teórico en la revolución no es un asunto de lenguaje; es estar despegado de la línea de masas cuando se trata de proponer un camino para que ellas dispongan.

¿Qué más puede aportarnos para el proceso chileno actual esta reflexión sobre las implicancias de la línea de masas? Si aún puede discutirse la necesidad y las formas de ganarse las capas medias, es muy difícil rehusar interrogarse sobre el riesgo que su presencia activa significa cuando se trata de movilizar a las masas. Las capas medias no sólo son un conglomerado humano, sino una referencia cultural, un acomodo del mundo en función del bienestar, de la felicidad de estas capas. Introducir referencia del proletariado, vale decir, línea de masas, significa obviamente entrar en contradicción con la referencia global de las clases medias. Significa en todas las áreas de la vida, desde la escala de los bienes de consumo hasta la manera de producirlos, provocar en un momento determinado una ruptura drástica, porque adoptar una línea de masas entraña la exigencia de la movilización de los trabajadores y de la pequeña burguesía. Si hubiera congruencia entre la línea de masas y los criterios de las capas medias, si hubiera compatibilidad, la revolución podría resumirse en la expansión cuantitativa de los privilegios que la burguesía ha reservado hasta ahora a sus hijos. Lo que, en fin de cuentas, se confunde con una política de modernización. La modernización conserva el carácter unidimensional del proceso histórico. No cambia el sentido de las cosas, sentido que le ha dado la burguesía. Prolonga sus extensiones coloni-

zadoras¹⁴. La clase media es la presencia de la dependencia de los modelos foráneos. del lujo, es la implantación de esquemas de desarrollo de alto costo social, que no pueden sino frustrar la necesidad que tienen las masas de emprender un proceso de emancipación moral y técnica, sobre la base de su conocimiento, su nivel de conciencia y las condiciones reales de su práctica. El último afán de las clases medias es transformar al ciudadano nacional en alguien tan condicionado, guardando todas las proporciones del caso, como los pilotos norteamericanos, que para sobrevivir en Vietnam necesitan importar para su consumo el agua de Australia. Se nota evidentemente una contradicción descomunal entre la aspiración del hombre tecnológico a liberar el universo entero y a expandir su solución mundialmente y el encogimiento del territorio en que de hecho puede sobrevivir, debido a sus múltiples exigencias y a la sofisticación de las necesidades. Se transforma así en un koala que para poder transitar a través del mundo requiere convertirlo, reducirlo, metamorfosearlo, en el eucalipto donde nació, donde se crió y donde debe morir. Cuando se proyecta este plan en las masas, se escamotea la realidad, se esconde el primer término a partir del cual se emprende el proceso de liberación nacional y así, por ejemplo, se mantiene artificialmente la referencia del lujo, del equiparamiento con el mundo desarrollado, para no inquietar,

¹⁴ Para muchos, la revolución sigue siendo la extrapolación de las condiciones de vida de la burguesía. Y falta poco para que asimilen la aspiración revolucionaria al descejo que, en los albores de la descolonización política en Africa, empujó al colonizado a tirarse sobre el refrigerador, el coche y demás bienes del colonizador. Cómo interpretar, por ejemplo un editorial aparecido en nuestra prensa de izquierda: "Numéricamente la inmensa mayoría está constituida por personas que no son propietarios de medios de producción. Se trata de empleados de 'cuello blanco', profesionales, etc. Son trabajadores que viven —como el proletario y el campesino— de la venta de su fuerza de trabajo, y sus propiedades se limitan a casas o acciones. ¿Qué interés podría tener un gobierno socialista en 'liquidar' a un sector social de este tipo? Sus objetivos son, al contrario, tratar de elevar al obrero y al campesino a condiciones de vida similares a las de estas capas medias". ¿Es posible, acaso, seguir confiando a "las condiciones de vida" un signo neutro y seguir apartándolas de una nueva filosofía de la vida? ¿El hombre nuevo acaso no tiene otra manera de definirse frente a los objetos de consumo? Parafraseando al Che, "No hacemos la revolución sólo para asegurar el pan de cada uno; de lo que se trata es de cambiar la vida".

pero asimismo para no hacer conciencia, en vez de aceptar el nivel material concreto que, en relación al lujo, bien puede traducirse por la escasez y crear conciencia a partir de esta situación.

Lo primordial para seguir discutiendo es aclarar las proyecciones del supuesto de la "vía chilena" sin, desde luego, tener la intención de derribarlo de manera antojadiza y arbitraria. No tomar en consideración la tensión real que significa la presencia de la clase media, entraña un conjunto de racionalizaciones a posteriori que van imposibilitando cada vez más una línea de masas. Muchos de los intentos de legitimar el supuesto de la táctica de ganarse las capas medias, en la realidad, suelen aprovechar a la consolidación de la norma de la clase media para orientar el proceso. Y favorecen la reaparición solapada de la interpretación mecanicista de la teoría de las relaciones entre base y superestructura. So pretexto de no intranquilizar las capas medias, se tiende a dar al cambio infraestructural un carácter de determinante exclusivo, a menospreciar la importancia que tienen los factores superestructurales en la orientación del cambio infraestructural y, en el momento actual, a subestimar el papel de la lucha ideológica en la conquista del poder. Si bien se deben reconocer prioridades, no, por ello autorizan a poner la historia "entre paréntesis". Afirmar que la tarea fundamental del momento consiste en conquistar el poder y que, por ende, es esencial asegurar la extensión y el afianzamiento del área de propiedad social, aumentar la producción, etc., no debería ser incompatible con esta otra afirmación de que es también importante oponerse a la burguesía en todos los dominios donde libra su batalla ideológica. ¿Por qué privilegiar siempre en la fijación de prioridades, la construcción de una infraestructura que, en la teoría de Marx, no debería entenderse como despegada de la superestructura? Este divorcio compete más a la casuística que a la dialéctica. La batalla ideológica en su cabalidad es también un instrumento de toma del poder. En una línea lógica implacable, admitir como prioridad el establecimiento de una infraestructura —amputada de la superestructura— y postergar la lucha ideológica, no visualizarla como interpenetrando la otra, significa poner en estado de hibernación a considerables sectores de las fuerzas revolucionarias; implica obligarlas a una huelga transitoria en la pugna por el poder; marginarlas de una movilización que parte de su propio quehacer, de las condiciones concretas y materiales desde las

cuales pueden participar en el proceso revolucionario en una práctica diaria. En última instancia, dicha posición malthusiana inspira un concepto de movilización, donde la dinámica prioritaria se reduce a lemas de una *propaganda* consignista y repudia el arma ideológica.

Estas desvirtuaciones se hacen sentir en todo los dominios y tienden a imponer, como criterio de cambio, la modernización. En el campo de la educación, por ejemplo, a falta de poder revisar sistemáticamente los textos escolares actualizados por el régimen anterior y el contenido ideológico del sistema educacional, debido a la existencia del pluripartidismo, se suele resumir y legitimar la política educacional en una extensión de la matrícula. Ayuda a esta legitimación el argumento de que, mientras no cambien las relaciones de producción, es utópico querer cambiar la superestructura. Ahora bien, nadie es tan ultra como para exigir la revisión drástica de todos los textos escolares. Sin embargo, la justificación mecanicista a la cual se recurre para explicar las condiciones impuestas por el pluripartidismo impide en la realidad buscar fórmulas para obviar las limitaciones impuestas por el enemigo de clase. Así en un clima generalizado de indigencia en discusiones ideológicas, el afán, de parte de algunos, por encontrar la "vía chilena" donde no está, tiende a revitalizar un estilo de agitación en el alumnado y el profesorado en una línea de política tradicional que bien puede revelarse inadecuada cuando se trata de captar los jóvenes para un proyecto revolucionario total. Por lo demás, evidencia una actitud de miedo a hacer conciencia y movilizar a partir de los instrumentos de la práctica cotidiana estudiantil. En vez de contornear el obstáculo propio de esta vía chilena, la tesis del mecanicismo mata en el huevo toda búsqueda de vincular el cambio infraestructural con el cambio superestructural. Reduce el alcance de la lucha en contra de una superestructura que permanece marcada por la referencia de las clases medias. Lo más grave es que, a falta de agitación real de la superestructura, se recurre demasiado frecuentemente a temas de movilización que sirven, de hecho, de parches, tanto para el cambio superestructural como infraestructural. Así, el destacar temas de movilización esporádicos como el trabajo voluntario y, sobre todo, el destacarlos de modo unívoco, en desmedro de la movilización cotidiana que significa, por ejemplo, la necesidad de buscar una estructura de poder obrero real en el área estatal, participar de este con-

texto de optimismo beato que prefiere no herir abiertamente la norma de las clases medias.

MOVILIZACIÓN Y OCIO

Uno de los grandes problemas a los cuales se enfrenta la comunicación masiva en el período de transición al socialismo, es el de combinar el papel movilizador que debe asumir la comunicación con el carácter ameno, agradable, que hasta ahora parece haber sido exclusivo de la cultura de masas, del ocio que desarrolló la burguesía. Y este problema no atañe sólo a las formas, sino al espíritu general que anima la percepción del momento histórico.

Fuera de algunos semanarios de tono chistoso y caricaturesco, hay que reconocer la generalización de la norma seria, y no tan solo sería sino represiva. Tan luego se aparta uno de esta regla y sugiere que pueden existir otras preocupaciones u otros temas movilizados que "los domingos solidarios del trabajo voluntario", la censura tiende a ser unánimemente cosquillosa y arremete en contra de la frivolidad. En una u otra ocasión, atreverse a hablar de sexo, percibir la significación que sobre el plano del sexo puede tener tal acontecimiento, tal medida, tal revista que circula, equivale a querer fomentar el amor libre, la revolución sexual, que "contribuye a envolver en un cortina de humo los verdaderos problemas que plantea la lucha ideológica y la construcción del socialismo en Chile". El sexo, tradicionalmente presente y abundante en la prensa populista, no es objeto de condena, pero sí se trata de impedir que surja una discusión, en el nuevo ámbito de los temas y de las ideas que se empiezan a barajar en un proceso revolucionario, sobre puntos que escapan a una interpretación mecanicista de la interrelación entre infraestructura y superestructura. Expulsan de su Edén a los que se atreven a "hacer avanzar las conciencias más allá del estado de las fuerzas productivas". Para los que no aceptan el exhibicionismo, la única alternativa es suscribir el moralismo puritano, neocristiano, aun si son conscientes de que también sirve de pantalla a la lucha de clases.

Dejemos a Freud, que tan frecuentemente sacan a contracolación, el desciframiento del cuadro clínico de esta nueva inquisición. Lo que ocurre con el tema del sexo, uno de los estímulos básicos de la cultura

masiva, feudo de la burguesía y del imperialismo, se repite en la mayoría de los dominios de la cultura cotidiana del ocio. Se presencian dos posiciones, tan coercitivas la una como la otra: adoptar las formas de entretenimiento tradicionales, seguir admitiendo todos los mitos de la neutralidad del entretenimiento o adoptar una posición aséptica, incluso artificial, de recato y de represión (posición de principios, que muchas veces no se puede concretar en la práctica), que sirve de plataforma para vapulear los intentos de incluir la preocupación del tiempo libre y el rescate de las formas del entretenimiento. Esta actitud dicotómica cobra en Chile un carácter más paradójico debido, precisamente, a la presencia de este supuesto global de la política de la Unidad Popular que hace de las clases medias un sector que interesa captar. En efecto, se ha insistido mucho en la originalidad de una "vía chilena", pero se ha pensado poco sobre las formas que hay que implantar para persuadir a estos sectores que no suelen colaborar con un proceso de cambio. Por cierto que la prensa revolucionaria será, como lo dice Lenin, la prensa que se vinculará con la práctica social de las masas y hará surgir el nuevo protagonista de la historia, pero de ningún modo este principio puede constituirse en eje mal interpretado de la transformación de la comunicación masiva en la época actual. No podemos enfrentar exclusivamente la cultura masiva de la burguesía con instrumentos que derivan de un concepto artesanal y pueden revelarse incapaces de sustituir el aparato industrial del ocio y de ayudar a forjar, a partir de una nueva práctica, una cultura cotidiana donde el ocio no sea necesariamente alienante.

Pese a su reputación de seriedad, nuestra burguesía criolla ha entendido perfectamente el papel que juegan en la batalla ideológica y en su línea de masas todos estos dominios que acostumbramos condenar como frívolos, es decir, en ruptura drástica con las exigencias de la lucha de clases. En otra oportunidad mostramos cómo en este primer año de gobierno la burguesía criolla había adecuado el contenido de todos sus órganos comunicativos (desde sus revistas infantiles hasta sus diarios, pasando por sus lemas publicitarios) politizando todas las áreas de la vida personal y colectiva que la izquierda menosprecia y cuando las trata es con el complejo de culpa de encontrarse en el terreno del enemigo y de no tener otros recursos que los de éste. Las alternativas que ofrecemos en esta perspectiva tienden siempre a ne-

gar el problema (sea el de la inercia de amplios sectores juveniles, sea el de las relaciones sexuales) y a aportar una solución que frustra el ser sensitivo, que recibe a diario los estímulos de una sociedad orgiástica. Peor aún, dejamos a la burguesía anticipar los problemas y no buscamos manera de sondear la realidad para tomar en nuestras manos la vanguardia en la percepción de una situación total. Si de planificación de temáticas a corto plazo tenemos poco, casi nula es la planificación a mediano y largo plazo. Estamos contestando a los golpes.

A los nuevos dogmáticos que alegarán de todos modos que no tenemos tiempo de preocuparnos de estas áreas de la vida social, que es necesario ponerlas "entre paréntesis", y que interpretarán seguramente esta inquietud nuestra como contradictoria en relación al planteamiento anterior de constitución de frentes sociales para resolver el problema de la comunicación masiva, contestaremos que uno de los problemas agudos de los regímenes socialistas, llegados por cierto a un desarrollo de las relaciones sociales de producción muy distinto al nuestro, es precisamente aquel que se vincula con una implementación de una cultura popular del ocio. En efecto, el mayor atractivo que sigue poseyendo en la órbita mundial la cultura imperialista es su industria cultural, su manera de concebir el tiempo libre, que es su forma de "liberar" al hombre. El rostro sonriente de los productos alienantes, magazines, comics, series televisivas, constituye un desafío permanente y una amenaza perpetua de dejarse contaminar por este veneno eufórico. Los "manuales" no serán en ningún caso la única arma con la cual podremos combatir al enemigo. Por lo demás, la conciencia del problema es bastante aguda en ciertos regímenes socialistas. Cuba, por ejemplo, después del Primer Congreso de la Educación y de la Cultura, formó una comisión, en el propio partido, para hacer frente a la presión de ciertos sectores que habían reinaugurado formas de entretenimiento que pertenecían al acervo prerrevolucionario. Por frívolo que puede aparecer a ciertos censores; la discusión ideológica se da a propósito, por ejemplo, del *cabaret*, y en esta discusión, aún no cerrada, están presentes los tres enfoques que delineábamos, en modo un tanto esquemático, más arriba: reapertura pura y sencilla; adecuación de la forma; reestructuración del mensaje: clausura definitiva.

Son muchos los dominios donde se nota angustia para encontrar formas de entretenimiento, estímulos de goce, que no se refugien obli-

gatoriamente en un territorio separado de la lucha de clases. Para la burguesía, su "reino de la libertad" no tiene proyección en el futuro, su utopía de mañana la vive publicitariamente hoy, en su retórico mundo de la fantasía, que redime todas las esferas del trabajo, del sufrimiento, de la frustración. La revista, el espectáculo, los dulces, son las monedas disponibles desde ya para entrar en su "reino de la libertad". En la perspectiva revolucionaria, la utopía del reino de la libertad donde se resolverá la disociación trabajo-ocio, porque el trabajo del hombre será desenajenado, debe transitar previamente por el reino de la necesidad, de la escasez y éste, desde luego, entra en contradicción, tanto al nivel sensorial como al nivel reflexivo, con el derroche, lo superfluo, la riqueza, la anarquía abundante a la cual nos está acostumbrando a diario el régimen capitalista.

En una sociedad que hace del humor una válvula de escape para ocultar la estructura represiva de su sistema, urge reconectar el ocio y el humor con la nueva práctica de construcción socialista. Urge encontrar una línea de masas del ocio, para sustituir esta superestructura del entretenimiento burgués. Y esto no implica solamente la necesidad de promover las plazas de recreo, el deporte popular, los balnearios, sino la urgencia de crear una industria cultural, planificada, coherente, no desvinculada de las líneas básicas del proceso y, sobre todo, tan prestigiosa y más talentosa que la que exhibe el signo capitalista.